

**E**N LA CIUDAD DE CANCÚN SE LLEVÓ A CABO UN ENCUENTRO INTERNACIONAL SOBRE PATRIMONIO CULTURAL DEL GRAN Caribe, entre los días 27 de abril y 1° de mayo del año 2001. Fue convocado por la organización del “Gran Caribe para los Monumentos y Sitios” (CARIMOS) y dentro de esta reunión fue presentado el texto que publicamos, por su autor, actualmente director del Museo Nacional de las Culturas del INAH.

## **Patrimonio y cooperación cultural Director del Museo Nacional de las Culturas, México**

### ***Distinguidos miembros del Presidium, Compañeras y Amigos, Señoras y Señores:***

Quiero agradecer a ustedes la oportunidad que me brindan de conocer los puntos de vista de los colegas caribeños y los distinguidos invitados de allende el océano, cuyas experiencias y afanes espero compartir desde la posición que guardo como director del Museo Nacional de las Culturas, una institución mexicana con añeja historia y quizás la única en Latinoamérica en albergar un rico acervo de los cinco continentes.

Cuando recibí la invitación del arquitecto Carlos Flores Marini a participar en este encuentro, de inmediato me entusiasmó la idea de venir a Cancún, no sólo por la posibilidad de acortar por unos días el trabajo de gabinete, sino principalmente por imaginarme en tan amable compañía. He sido siempre un devoto admirador de las manifestaciones culturales de esta región americana, de su historia y patrimonio, de sus bellezas naturales y, sobre todo, de la capacidad de su gente para hacer de la vida cotidiana un alarde de creatividad.

Mi satisfacción por encontrarme entre ustedes se robustece al recordar que al menos de mis escritores favoritos, Saint John Perse y Derek Walcott, ambos galardonados con el Premio Nobel de literatura, adquirieron en paisaje semejantes al que hoy nos rodea —el primero en Guadalupe y el otro en Santa Lucía— el don de transformar la luz radiante de sus islas en modulaciones verbales de la más alta poesía. Debo añadir que la inspiración de los grandes poetas caribeños no ha opacado a la de algunos de sus prominentes arquitectos, pintores, escultores, artistas de la escena, músicos y una pléyade nutrida de figuras que dan brillo y singularidad a las culturas de la región. Y hablo de culturas en plural, ya que no se requiere mucho esfuerzo para reconocer, tan sólo entre las casi veinte naciones aquí representadas, la presencia de un perfil común pero con múltiples facetas y vertientes.

*Sin embargo, aún falta mucho para completar el mapa cultural de nuestra América con la plena inclusión del ámbito caribeño.*

Mas no son únicamente las diferentes lenguas en que se expresa esta diversidad lo que nos ilustra sobre su carácter. También son elocuentes su ritmo vital; los aportes heredados del alma africana; las inagotables fuentes de su historia oral y escrita; el flujo de inmigrantes; los mil cuentos referidos a los “Hermanos de la Costa” y su cauda de bucaneros y piratas. En fin, podemos convenir en que sin el capítulo de nuestro Caribe, la historia de América sería un libro al que le faltarían incontables páginas.

*Estamos obligados  
a “caribbeanizar”  
nuestros quehaceres  
bajo la divisa del  
Gran Caribe.*

Al punto me asaltan estas preguntas. ¿Cómo se inserta Latinoamérica y el Caribe en la cultura Occidental? Si partimos del dogma historiográfico según el cual América fue descubierta por Cristóbal Colón, tendríamos que aceptar también que para sorpresa de Europa, nuestro continente resultó más ancho, más ajeno y más pródigo de lo que podía pensar en esa época la imaginación más desbocada. La heterogénea composición social, política y cultural de nuestro continente no sólo reveló la existencia de cosmovisiones distintas, sino también un cúmulo de expresiones materiales diferenciadas, que tomaron cuerpo en monumentales formas arquitectónicas, conocimientos científicos, admirables obras en cerámica y textiles, arte plumario, dominio de la metalurgia, soluciones de tecnología agrícola, manejo profuso de ingeniería hidráulica y náutica, para sólo mencionar algunos aspectos que lentamente fueron siendo asimilados por la incredulidad documentada de los conquistadores. Todo ello ha sido estudiado por propios y extraños y tiene una representación en los grandes museos del mundo. Sin embargo, aún falta mucho para completar el mapa cultural de nuestra América con la plena inclusión del ámbito caribeño, abordando la riqueza de sus vestigios sin prejuzgarlos, pues en el plano de la cultura no todo lo que brilla es oro ni la realidad histórica se agota en las manifestaciones de poderes imperiales y teocráticas de todos conocidos.

Esta riqueza excepcional permanece intocada pese a los esfuerzos homogeneizantes que quisieran desmantelarla en beneficio de ciertas industrias de la diversión. Hoy vislumbro que las culturas del Caribe sobrevivirán a todo intento por absorberlas en la vorágine de la masificación consumista. Con prudente optimismo, auguro que este siglo llevará en sus estandartes las verdes y turquesas transparencias de la mar impúdica, en donde parecieran flotar las “islas a la deriva” de José Emilio Pacheco.

De ahí que tengamos que afirmar sus emblemas, sus símbolos, sus vastas concreciones humanas. De ahí también la conveniencia de unir esfuerzos en aras de una mayor comprensión entre nosotros y frente a los otros, creando vínculos de hermandad entre los museos del Caribe y el que me honro en dirigir. Nada debilita más a una cultura que el aislamiento, y pocas cosas le imprimen más brío que el contacto frecuente, intenso y constante con las demás culturas.

Si me es permitida una pequeña licencia lingüística, estamos obligados a “caribbeanizar” nuestros quehaceres bajo la divisa del Gran Caribe. En llanas palabras, los países que contamos con raíces y riberas en estos lares del Atlántico tenemos que ponernos de acuerdo para ser eficaces en el planteamiento y operación de los proyectos conjuntos que podamos impulsar en beneficio de una difusión más amplia de lo que somos, de lo que tenemos y queremos dar a conocer, de lo que se impone como tarea inmediata a quienes, al frente de los museos de la región, libran la diaria batalla a favor de una voz que se escuche fuerte a lo lejos y dé alcance a los oídos de un público mayoritariamente compuesto por jóvenes, con intereses muy atomizados, en general ajenos a la solemnidad y aire de recogimiento que se respira en los museos.

*Las fruslerías de los modernos medios de comunicación electrónicos, la disco, los juegos interactivos en computadora, el uso del Internet... han provocado que las nuevas generaciones se alejen del museo como uno de los centros neurálgicos de su desarrollo integral.*

En efecto, las fruslerías de los modernos medios de comunicación electrónicos, la disco, los juegos interactivos en computadora, el uso del Internet mal aprovechado, la trampa mortal que implica el abuso de las nuevas drogas sintéticas, las deficiencias de algunos sistemas educativos, entre muchos otros factores no menos importantes, han provocado que las nuevas generaciones se alejen del museo como uno de los centros neurálgicos de su desarrollo integral. Queda claro que esta problemática no puede ser ajena, sobre todo si lo que se pretende es ofrecer opciones recreativas y no sólo pedagógicas.

Desde hace años me han preocupado las tendencias que identifican a los museos con nichos del saber consagrados exclusivamente a especialistas y eruditos, sin dar solución a la ingente necesidad de formar y moldear voluntades aptas para el trabajo, el disfrute creativo y la felicidad. Es por eso que ante la oferta del caos y el vacío, nosotros proponemos el rescate de los valores fundamentales del arte, la historia y la cultura. Ante la destrucción del patrimonio cultural y natural a manos de un progreso devastador, nosotros proponemos la fuerza de la creatividad y la imaginación. En este sentido, la energía del objeto o irradiación ontológica de la imagen como quería (Lezama Lima), encuentra en el museo su refugio más seguro.

Creo que la misión de los guardianes del patrimonio cultural del Gran Caribe —en especial de los responsables de los museos— podría incluir entre sus prioridades el despliegue de una reflexión sobre el porvenir inmediato de dicho patrimonio, visto como un conjunto de diversidades en espera de incrementar la cantidad de sus interlocutores, para lo cual es indispensable abrir canales de comunicación interdisciplinarios, en los que participen los conocedores, desde luego, pero también los aficionados, los amateurs, todos aquellos autodidactas que por una u otra razón han sido marginados del quehacer académico y museológico sin que nadie haya atendido a sus posibles aportaciones, por sencillas y cándidas que éstas puedan ser. En síntesis, es aconsejable que los especialistas nos escuchemos, ciertamente, pero también lo es aprender a escuchar lo que dice el visitante al museo, a la biblioteca, ese lector que dedica sus ocios a la historia, a la antropología, a las narraciones de viajes y descubrimientos de islas fabulosas o reales. Con esto quiero insinuar que nuestros escritorios y oficinas no deberían erigirse en obstáculos contenedores de las energías sociales. Si la posesión y resguardo de los bienes de la cultura están en nuestras manos, no hay que olvidar que la verdadera apropiación de los mismos corresponde a ellos, a los visitantes. Reconocer este simple hecho puede hacernos entender mejor lo que la voz “interlocución” invoca, y a eso es difícil renunciar sin perderse en soliloquios estériles.

Ahora, ¿cómo mostrar nuestro patrimonio con innovadoras formas de exhibición, divulgación y animación? ¿Cómo moverlo de un país a otros sin disociarlo de los programas educativos de cada uno de ellos?

*Es aconsejable que los especialistas nos escuchemos, ciertamente, pero también lo es aprender a escuchar lo que dice el visitante al museo.*

¿Cómo sellar alianzas en las que estén cada vez más comprometidas las sociedades de las que provienen los acervos? En fin, ¿cómo lograr que haya un programa común que nos beneficie a todos en el contexto de los rigores económicos en que debemos desarrollar estas urgentes responsabilidades?

Mi convicción al respecto es que no basta con la apertura de nuevos espacios, nuevas salas de exhibición, nuevos recintos por el solo hecho de abrirlos. Los museos y sitios están llamados a continuar una tradición de siglos en combinación con nuevas tecnologías que ofrezcan un discurso museográfico vivaz y dinámico, sin trivializar sus contenidos, pero imprimiendo interés al afán indagatorio y experimental de sus destinatarios. En este campo, se impone la necesidad de crear circuitos de cooperación interregional en materia de tecnología que complementen el discurso museográfico tradicional.

La museología del nuevo milenio nos pone ante un reto decisivo: apoyar la propagación de los valores culturales del Gran Caribe. Es por eso que mantengo ante ustedes los ojos bien abiertos y los oídos ávidos de escuchar a los especialistas en la conservación del patrimonio cultural de la cuenca. En mi país es un hecho común negar un Caribe que incluya al Golfo de México, no sin cierta miopía geopolítica e histórica. El apuntalamiento de una redefinición regional amplia, aún inacabada si se quiere, es una de las puertas de acceso a la expansión de nuestros alcances y objetivos. Conviene, pues, retomar los avances del ICOM y CARIMOS, remover los prejuicios y pretextos que se interpongan, alcanzar consensos para realizar proyectos viables y concretos. He ahí la mejor forma de asegurar que nuestros esfuerzos cuenten con los apoyos necesarios y tengan la continuidad para fructificar y multiplicarse.

Con estas ideas básicas en mente, será preciso evaluar y articular las políticas culturales de los diferentes estados responsables de la protección del patrimonio histórico, arqueológico y artístico de los numerosos países del área, toda vez que son ellos los que marcan las pautas a seguir, si bien, afortunadamente, bajo los consejos de los expertos en la materia.

Me pregunto: ¿cómo atreverme a hablar ante ustedes de lo que constituye la riqueza cultural de las naciones que representan? No soy un especialista en asuntos de la región y el museo a mi cargo se halla en el altiplano de la ciudad de México, a más de 2000 metros sobre el nivel del mar. ¿Cómo abarcar en unas cuantas palabras el sueño de una exposición o, mejor aún de un museo de las expresiones del Gran Caribe? La única manera que ahora concibo para hacerlo es prodigarnos una nueva fraternal mirada y fomentar el intercambio de nuestros problemas, nuestros logros, nuestras aspiraciones, menos con un propósito especulativo que con las herramientas de la imaginación realizadora. Necesitamos conocernos mejor entre nosotros para dar nuevo ímpetu a la tarea de agrupar y orientar acciones institucionales dedicadas a la preservación, la promoción y la difusión de las culturas caribeñas.

En este contexto y con la anuencia de ustedes, me permitiré hacer una breve reseña de mi ámbito de trabajo. El Museo Nacional de las Culturas, fundado en 1965 sobre las bases del antiguo Museo Nacional, fue un ideal de las muchas generaciones que nos precedieron y es el padre de otros grandes museos de México, como el Nacional de Historia y el Nacional de Antropología, ambos ubicados en el milenario bosque de Chapultepec. Por su vocación ecuménica, el Museo de las Culturas se adhiere a principios y ejes

*La museología del nuevo milenio nos pone ante un reto decisivo: apoyar la propagación de los valores culturales del Gran Caribe.*

conceptuales que afirman, entre otras, las siguientes convicciones:

Que la diversidad cultural del mundo es irreductible, incontestable y creadora.

Que si bien hay confluencias culturales en las que se identifica la humanidad entera, también existen características distintivas, identidades y cosmovisiones que se expresan por medio de muy diferentes vías y maneras de vivir y de crear, incluidas las minorías étnicas, trashumantes y migratorias. La difusión de estas últimas no puede dissociarse del conocimiento profundo de su problemática social.

Que la comprensión de otras culturas es necesaria para alcanzar la plena comprensión de la propia, no sólo mediante un proceso intelectual de comparación, sino también por la vía de la asimilación de valores de diversa índole que promueve emociones e ideas cuya presencia amplía el espectro espiritual de los individuos.

Que la diversidad cultural tiene un valor que debe respetarse y preservarse, so pena de empobrecer nuestra visión global de la humanidad.

Que las expresiones de la diversidad del pasado —próximo o remoto— se abren a una lectura edificante en el presente, puesto que las naciones, los pueblos, los grupos y los individuos crean cultura en un marco espacio-temporal determinado. (La UNESCO ha insistido en la necesidad de revalorar el papel que desempeña la creatividad en este aspecto).

Que no hay lugar para la intolerancia en un continente que, como el nuestro, tiene raíces múltiples y cuya compleja composición social no ha impedido la consolidación de identidades naciona-

*El museo no es un templo, sino un laboratorio de experiencias, sensaciones y conocimientos que nos enseñan, no la Historia, sino las historias que reflejan valores plasmados en bienes tangibles e intangibles.*

les en cuyo seno, por fortuna, siguen prodigándose las diferencias surgidas de los distintos paisajes naturales y culturales.

Que, parafraseando a Pascal, el centro del universo que conforman las culturas está en muchas (o en todas) partes y su circunferencia está en ninguna: hoy en día el etnocentrismo cultural es antropológicamente explicable.

Que el entendimiento y el respeto de otras culturas resulta ser siempre la mejor paideia que eleva los ideales educativos y las legítimas aspiraciones de superación de nuestras sociedades.

Que tanto las obras más altas del espíritu como las más menudas piezas arqueológicas o etnográficas revelan los afanes y quehaceres del hombre frente a su medio y que nadie puede reclamar para sí solo la supremacía sobre los bienes naturales y culturales del planeta.

Que el museo no es un templo, sino un laboratorio de experiencias, sensaciones y conocimientos que nos enseñan, no la Historia, sino las historias que reflejan valores plasmados en bienes tangibles e intangibles, así como las ocupaciones y las preocupaciones de los hombres a través de las eras.

Pensar y soñar son actividades gemelas; no podemos renunciar ni a la una ni a la otra sin demérito de alguna de las dos.

Ahora bien, debo recordar que el acervo del Museo Nacional de las Culturas es un tanto *sui generis* en nuestro ámbito, ya que se refiere sólo parcialmente a México y en su mayor parte, como dije antes, está compuesto por colecciones provenientes de otras latitudes.

Desde sus inicios, la institución a mi cargo ha debido cuidar tanto su monumental edificio, construido en el siglo XVIII, como las valiosas colecciones arqueológicas y etnográficas que ahí se conservan. El trabajo cotidiano concierne alternativamente al compromiso de conservación arquitectónica y a la misión de investigar y dar conocer el legado cultural de otros pueblos y grupos cuyas características nos inducen a pensar en lo diverso como una constante de la humanidad.

Un rápido repaso revela que el predio en que se sitúa el Museo de las Culturas fue la antigua sede del Tillancalco, o segundo palacio de Moctezuma.

Tiempo después el espacio quedaría inmerso en la traza de la nueva ciudad, época en que fue propiedad del conquistador de la Nueva España y, posteriormente, alojamiento de los virreyes. Tiempo después, la corona española convirtió el antiguo Tillancalco en Palacio o Real Casa de Moneda, inaugurada en 1734, para poco más tarde fundar ahí una Escuela de Grabado, antecedente directo de la Academia de las Tres Nobles Artes de Pintura, Escultura y Arquitectura, cuya sede fue el mismo edificio entre 1781 y 1791. Fue también asiendo de las Sociedades Mexicanas de Geografía y Estadística y de Historia Natural, para enseguida albergar, bajo el mismo techo del Palacio Nacional, por instrucciones de Maximiliano de Habsburgo, el Museo Público de Historia Natural, Arqueología e Historia, que culmina una antigua aspiración del México independiente – dedicado “a los sabios que honran a la patria” – y donde se reunieron las piezas dispersas propiedad de coleccionistas e instituciones como la Universidad, así como los documentos fundamentales de la historia de México, numerosas antigüedades y asombrosos monolitos, entre los que destacan la Coatlicue y el Calendario Azteca.

Durante la conmemoración del Cuarto Centenario de la llegada de Colón a América, el Museo fue sede de la Junta Colombina y, bajo la dirección del sabio Francisco del Paso y Troncoso, se seleccionaron las piezas que fueron expuestas en el Pabellón de México en Madrid. En 1909 –bajo el liderazgo intelectual de Justo Sierra– Franz Boas y diversos estudiosos mexicanos, promovieron ahí la fundación de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía, en la que profesaron Seler y Tozzer, entre otros notables, y de la cual, posteriormente, sería director el antropólogo Manuel Gamio. En el mismo año el Museo mudó su nombre por el de Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, cuando las colecciones de historia natural se destinaron al Museo del Chopo, en la propia capital de México. Llegada la década de 1940, en lo que fuera la antigua Casa de Moneda se crea la Escuela Nacional de Antropología, y en 1965 nace el Museo Nacional de las Culturas, cuya misión es inducir a la reflexión sobre las expresiones culturales de los otros, con el respecto y comprensión que deseamos para nosotros mismos. En el acto inaugural, el entonces secretario de Educación Pública de México, Agustín Yáñez, afirmó lo siguiente:

“A cien años de haber sido destinado este noble edificio a Museo Nacional, lo dedicamos a Museo de las Culturas, la elocuente objetividad de cuyas enseñanzas ejercerá incalculable influencia sobre escolares y ciudadanía, en orden a la comprensión universal del hombre y la solidaridad internacional”.

El museo cuenta con 24 salas dedicadas a los vestigios de la Prehistoria, Mesopotamia, Egipto, Israel, Grecia, Roma, Arqueología de América, países de Europa Oriental, Oceanía, China, Japón, Corea, África, Norteamérica y Mundo Árabe, para sólo mencionar las más conspicuas y frecuentadas. Además de exposiciones itinerantes y temporales, los visitantes pueden complementar su experiencia con servicios educativos y actividades culturales y recreativas de muy variada índole. El 60% de ellos está compuesto por grupos provenientes del sistema educativo mexicano y la asistencia promedio es de 300 mil personas al año.

Ahora bien, a toda reflexión debe seguir una acción eficaz.

Por su naturaleza, el Museo Nacional de las Culturas es un ente vivo que valora los intercambios y programas de cooperación internacional. Sin estos elementos sería imposible mantener el ritmo adecuado a las demandas crecientes de un público que conoce la singularidad y vocación del museo o está a punto de conocerlas.

En el marco de esta realidad es que aspiramos a encontrar la forma de entablar un diálogo permanente con todos ustedes para impulsar las culturas del Gran Caribe, si bien existen ya algunos antecedentes de cooperación, como la exposición Belice: muchas culturas, una nación; realizada en 1987 y compuesta por 15 piezas arqueológicas mayas, 40 piezas etnográficas garífunas, 20 obras de pintura y 5 de escultura contemporáneas. Las piezas garífunas fueron donadas al Museo Nacional de las Culturas por el gobierno beliceño.

En octubre de 1998 se presentó Haití, 500 años de historia, exposición que reunió 79 pinturas de 29 artistas contemporáneos haitianos, los cuales reconstruyen la historia de la isla desde la llegada de Colón hasta la actualidad. Promovida en Francia por Afrique en Création y organizada por Jean-

Marie Drot, Haití, 500 años de historia viajó desde 1992 por diferentes países de Europa, el Caribe y Norteamérica. En México, después del Museo Nacional de las Culturas se presentó en Cuernavaca, Mérida y Guanajuato. Actualmente, el Museo a mi cargo prepara la exposición temporal Arte Africano, formada con 90 piezas etnográficas del acervo del propio Museo, y que será abierta en la inauguración del Museo Nacional de Belice, en Belice City, posiblemente en septiembre del 2001.

*El Museo Nacional de las Culturas es un ente vivo que valora los intercambios y programas de cooperación internacional.*

Para extender e intensificar estas actividades aisladas, en una primera etapa las acciones se dirigirían a alcanzar un acuerdo para la formación de un grupo *ad hoc*, quizás emanado de esta reunión, que defini-

na los puntos de una agenda que nos permita avanzar en ese camino, con el apoyo del ICOM, el CARIMOS y otros organismos, sin olvidar la indispensable participación de nuestras respectivas autoridades culturales, cancillerías, universidades, colegios de sabios, promotores culturales y museólogos.

Poniendo cada uno nuestro mejor esfuerzo, y con dicho acuerdo en la mano, no es descabellado pensar en el surgimiento de un programa de actividades para que en el término de los próximos tres a cinco años contemos con un Museo del Gran Caribe, instalado en alguno de los países miembros del CARIMOS. Ello podría empezar con la formación de una o varias exposiciones itinerantes que vayan aglutinando las piezas que constituirán paulatinamente el acervo definitivo.

El Museo Nacional de las Culturas explora ya las modalidades de su participación y analiza con otras instancias del Instituto Nacional de Antropología e Historia la mejor forma de aportar su experiencia a este propósito. Consideramos que como país que cuenta con extensos litorales hacia el Gran Caribe, México no puede dar la espalda a

iniciativas que, como ésta, conjugarán esfuerzos y recursos para una mejor comprensión entre nuestros pueblos. De regreso a mi país buscaré de inmediato exponer a mis superiores los detalles sobre los resultados de esta reunión, con miras a incrementar la participación del museo a mi cargo en próximos acercamientos con los representantes de museos del Gran Caribe. Saltan a la vista los mutuos beneficios de una cooperación museológica y técnica en este sentido.

Finalmente, deseo comunicarles que, por la nobleza y alcance de estos propósitos, el Instituto Nacional de Antropología e Historia no sólo ha manifestado una actitud receptiva, sino que incluso ha dado su aval para llevarlos a cabo en un tiempo razonable.

Me complace anunciar a ustedes que respaldaremos de manera entusiasta y decidida todo proceso de reflexión promovido por ustedes, que culmine con el establecimiento y montaje, en un futuro cercano, de una Sala Permanente del Gran Caribe en el Museo Nacional de las Culturas. Hablo aquí en nombre tanto del Director General como del Secretario Técnico del INAH, quienes me han instruido para darles a conocer esta decisión. Esperamos contar con su comprensión y anuencia para que, con las aportaciones del mayor

número posible de países y bajo la coordinación del grupo *ad hoc* antes mencionado, se empiece a determinar el perfil del acervo que haya de ser expuesto en la sala permanente. Asimismo, pedimos al CARIMOS que por su amable conducto se invite a todos los países del área que nos ocupa a presentar sus ideas y sugerencias para diseñar colegiadamente una metodología operativa que asegure la viabilidad de este proyecto.

En resumen, son tres las vertientes de la propuesta que he bosquejado hasta aquí: la primera consiste en la organización de una o varias exposiciones itinerantes, preliminares a la segunda, que propone dar inicio a los trabajos que culminen con la apertura de un Museo del Gran Caribe en un lapso de tres a cinco años, y la tercera, que presenta la posibilidad de integrar un grupo cuya tarea sería, primero conceptualizar, luego integrar un guión científico y diseñar un guión museográfico de la sala permanente dedicada al Gran Caribe dentro del Museo Nacional de las Culturas. Me pongo a sus órdenes para colaborar estrechamente en todo lo relativo a estas iniciativas.

Sólo me resta invitarlos a que pronto visiten el Museo Nacional de las Culturas en la ciudad de México y felicitar a los organizadores de este evento, deseándoles éxito en el resto de sus trabajos y resoluciones.

Muchas gracias.

LEONEL DURÁN SOLÍS  
DIRECTOR DEL MUSEO NACIONAL DE LAS CULTURAS.

